

Segundo domingo después de Epifanía, el 17 de enero 2021

Penelope Bridges

En el nombre de la santa Trinidad

Si buscamos en línea la frase, “Es siempre lo más oscuro justo antes del amanecer”, aprendemos que el primer uso de la frase en impresión se encuentra en una descripción de la Tierra Santa, escrito por un teólogo inglés. Los campesinos de Irlanda usaban la misma frase. Los pueblos de ambos países saben mucho de las épocas oscuras.

En el primer libro de Samuel, leemos de otra época oscura, una época en cual un hombre perezoso y inepto estaba a punto de enfrentar las consecuencias de su abuso de poder. Leemos sobre Helí, el sacerdote anciano, a cargo del Templo en Shiloh, un centro de la religión de Israel. Helí había acusado a una mujer inocente, la madre de Samuel, de estar borracha, porque se movieron sus labios cuando ella oraba en silencio. Los dos hijos de Helí, sacerdotes también, eran desalmados, conocidos por su corrupción y crueldad. Helí sabía de su malicia pero no hacía nada, y los hijos no prestaban atención a su padre.

La vida espiritual del país era tan debilitada que las visiones de Yavé eran poco frecuentes. Era una época muy oscura para Israel. En la noche de esta historia, todavía no se había apagado la lámpara de Dios. Esta lámpara ardaba en el Templo durante la noche y se apagaba al amanecer. Por eso, esta historia de la Epifanía de Samuel está ubicada en la oscuridad profunda, justo antes del amanecer de un día nuevo para el pueblo de Dios.

Podemos entender porqué Helí tardó a reconocer la llamada de Dios para Samuel. Afortunadamente, haberla reconocido, hizo lo justo: guió a Samuel en su respuesta, y lo animó que compartiera la verdad ominosa, y permitió una transferencia pacífica del poder. Al fin, crió al niño para ser uno de los mayores jueces y profetas de Israel.

Encontramos más comportamiento mal en las personas de fe, cuando leemos la primera carta de San Pablo a la iglesia en Corinto, una comunidad más que necesitaba el arrepentimiento y la revitalización. Había todos tipos de travesuras: esta congregación se había convencido que después de su bautismo ellos podían actuar con impunidad. Habían perdido su fundamento moral; habían olvidado que el comportamiento de una persona puede dañar la salud de toda la comunidad. “Todo me está permitido”. Este dicho pertenece a alguien que no sabe o a cual no le importa lo bueno de todo; alguien que está preocupado solamente por su propia gratificación.

Conocemos bien ese comportamiento. En la iglesia lo podemos encontrar, cuando una persona retiene su donación, debido a una decisión del pastor, o porque un ministerio amado sea cancelado. En la comunidad alrededor, lo encontramos en el rechazo de una máscara o de los resultados de una elección nacional. Esa actitud se lleva a las acciones monstruosas, o a miles de las muertes innecesarias.

No deberíamos fundar nuestro comportamiento en lo que no está prohibido. Somos llamados y comisionados por Dios para amar, uno a otro. Como dice San Pablo, somos miembros del cuerpo de Cristo; hemos sido comprados al precio de la sangre de Jesús; ya no nos pertenecemos

a nos mismos; somos juntos con el Señor, nos hacemos un solo espíritu con él. Somos librados, sí, librados de la esclavitud del pecado, sino no librados de todas restricciones. Somos librados para que amemos con todo el corazón, para que servamos humildemente, para que respetemos la dignidad de todo ser humano. Y por eso, aquí en la catedral de San Pablo, nos comprometemos a dismantlar las estructuras del racismo y a buscar modos para curar las divisiones tóxicas entre nosotros.

Entonces, veamos el Evangelio de hoy. Dios llama a las personas improbables – al niño Samuel, a los Corintios traviesos, y a este chico insolente. Natanael no es un discípulo obvio: tiene prejuicio. Pero, Felipe lo llama, teniendo la mano a través del hueco: Ven y verás. Ven y verás lo que Dios hace aquí. Natanael mira, y ve a un hombre distinto de su mismo, un hombre que, él cree, no tiene nada para ofrecerlo. Sabemos que Natanael no ve a Jesús en ese momento: ve a su imagen de alguien de Nazaret. Ve su propio prejuicio, reflejado en si mismo.

Jesús empieza una conversación, enfatizando que ve a Natanael, lo ve como un hijo de Dios que tiene la capacidad para tener las visiones y los sueños. Cuando se da cuenta que ha sido visto, Natanael está cautivado. Quizás necesitaba que alguien lo viera de verdad; quizás su burla era una disimulación por miedo de la invisibilidad; miedo que se fue cuando Jesús lo reconoció.

¿Con qué frecuencia escondemos nuestro miedo, nuestra inseguridad, con la apariencia de la agresión? Creo que el miedo es la fundación de nuestro peor comportamiento. ¿Y si el miedo es en el fondo del comportamiento violento de la muchedumbre en Washington DC la semana pasada? Y si estas personas tratan esconder su miedo de un mundo cambiando, su miedo a ser irrelevantes, de la invisibilidad, por medio de arremeter?

Si ese miedo es la razón de las divisiones en nuestra nación, ¿cómo podemos nosotros, pueblo de fe, ayudar a estas personas? ¿Cómo podemos ayudarlos para que se sientan visibles, para que no quieran más lastimar y destruir? ¿Cómo las tenemos la mano y las invitamos a venir y ver? Estas son nuestros desafíos para la temporada de Epifanía, cuando intentamos hacer brillar la luz de Cristo en esta hora oscura de nuestra nación, cuando proclamamos la gloria de nuestro Dios amante a un mundo de los temerosos, que anhelan ser vistos, conocidos, y queridos.